

## LA OBRA HISTORICA DE LUIS VALENCIANO

Helio Carpintero  
Universidad Complutense, Madrid

Conocí a Luis Valenciano personalmente, por fortuna, aún no hace diez años. Su nombre y su figura estaban a punto de convertirse en un perfecto mito murciano, aunque ya en aquel momento, tocada su persona por el dedo del destino, apenas si recibía alguna visita amiga. Había antes mantenido con él una relación epistolar cordial, cuando coordiné y edité el homenaje a José Germain que luego vió la luz en la Revista de Psicología General y Aplicada. Valenciano veía en Germain un hermano mayor, un maestro fraterno, que reforzaba sus vínculos de afecto con el maestro de ambos, don Gonzalo Lafora, y que le insertaba así en una red de admiración a la generación de maestros - a Lafora, a Ortega, a Marañón - desde su propio nivel, el de la generación del 27, donde estaba instalado y desde donde veía el mundo.

Valenciano ha sido un hombre arraigado en su lugar y su tiempo de un modo programático, con plenitud de conciencia. Y eso, a pesar de haber sufrido el desgarramiento de su mundo y su biografía. Ha sido, a mi ver, uno de esos espíritus que, tras padecer una tormenta en la historia, se hacen firmes en una roca y desde ella contemplan el mundo y se alegran con todo lo que de positivo y de verdadero hay en la realidad, por dura que pueda ser.

En su caso, ha sido además, como lo fué también Germain, un hombre puente, un hombre que ayudó a reconstruir el tejido de la continuidad social en nuestro país, entre el antes y el después del corte de la guerra española.

Tal vez, por ello, Valenciano ha sentido florecer, junto a su vocación de psiquiatra, que trata de proteger y sanar mentes individuales, otra de historiador de su mundo y sus gentes - sin duda para proteger y sanar la mente colectiva de su patria, de su mundo.

Es bien sabido que su obra médica representa un valioso y singular ensayo de construcción de una psiquiatría orteguiana. A partir de los conceptos del análisis existencial de la vida humana llevado a cabo por Ortega, y atendiendo singularmente a las ideas de proyecto y de creencia, ha buscado esclarecer algunos de los grandes síndromes, como es el delirio paranoico, constituyendo su trabajo uno de sus logros más interesantes dentro de su esfuerzo por dar continuidad a la obra de sus maestros.

Hoy quisiera reflexionar aquí, en esta reunión de historiadores de la psicología, sobre su obra de historiador de las ciencias de la vida mental, y de su trabajo en este campo, a fin de extraer algunas conclusiones acerca de sus logros y realizaciones en este terreno.

### PERFIL BIOGRÁFICO.

Valenciano es ya en su tierra un nombre mítico. Lo es también en el de la psiquiatría española. Lo es menos en el de la psicología española, donde debe también ser conocido y querido.

Había nacido en Murcia en 1905. Estudió su ciudad natal el curso preparatorio de ciencias, pensando hacer Farmacia. Entonces debió conocer y sufrir el influjo de las lecciones de biología de José Loustau, y esto, junto a la limitación e inseguridad que atravesaba la universidad de Murcia, le decidieron a seguir medicina en Madrid.

Recogiendo unas palabras de un compañero, Valenciano admite que "muchos valores de la medicina murciana han germinado en una lección de biología de don José" (Valenciano, 1979, 162).

El cambio significó una transformación de su horizonte vital. Tuvo maestros - Lafora, Marañón, Sanchís Banús: siguió las clases del último curso de Cajal, tuvo prácticas de histología con Fernando de Castro: pronto se vió dentro de la agitación universitaria que se empezaba a encrespar contra la dictadura de Primo de Rivera.

Posiblemente, son estos los años en que Valenciano adquiere lo que podríamos llamar "sentido histórico". En uno de sus trabajos, dedicado a Cajal, y lleno de recuerdos personales, cuenta como siendo él presidente de la Asociación de estudiantes de medicina, que había de integrarse en la FUE (Federación Universitaria Escolar), hubo de leer en el marco de las conferencias con que la nueva Federación se presentó al público una carta de adhesión de Cajal llena de consejos y ánimo para los jóvenes. Firmaba la carta "un anciano escolar que continúa estudiando", y los estudiantes la ovacionaron. Estaba ya entonces, y sin duda había de estarlo siempre, arraigado Valenciano en el mejor espíritu universitario.

Al terminar la carrera, amplió estudios en Alemania, con Bonhoffer (Berlín) y en Suiza, con Maier y Bleuler. Al regresar a España, pudo comenzar a trabajar en la clínica de Lafora. En su contribución al homenaje a Germain, Valenciano firmaba como "ex-médico interno y subdirector del Sanatorio Neuropático del Dr. Lafora (1927-1936)". También entró en el grupo de redacción de los Archivos de Neurobiología, donde Germain oficiaba de jefe de Redacción. Esto era, sin duda, una suerte enorme, y posiblemente, también, una pequeña maldición. Lafora representaba la psiquiatría moderna, el espíritu crítico, intelectual abierto a Europa y característico de la generación del 14; pero iba también a representar un valor negativo, una rémora para la vida profesional que Valenciano había de hacer después de la guerra en España. Porque Valenciano decidió ser fiel a sus maestros, en un tiempo y situación en que ello tenía un costo muy fuerte. Su fidelidad al pasado, a la propia historia, a la tradición intelectual, determinaron en gran medida su existencia.

Con Lafora y Ortega en el exilio, Valenciano se retira a su Murcia natal. Aquí va a ejercer la medicina, va a colaborar con Román Alberca, y le sucederá, en la dirección del Hospital psiquiátrico provincial, cuando Alberca se preparaba para ir a la cátedra de psiquiatría de Valencia, momento en que le sorprendería la muerte (1967).

Y precisamente desde Murcia, Valenciano hace con calma y rigor su obra científica e historiográfica.

## LOS TRABAJOS HISTORIOGRÁFICOS.

La obra científica tal vez más personal suya ha sido, probablemente, su acercamiento a los temas psiquiátricos desde un horizonte filosófico determinado por la filosofía de la vida de Ortega y Gasset. Esto quiere decir que Valenciano ha hecho suya, a su manera, esa filosofía, una de cuyas tesis principales es aquella de que el hombre consiste, radicalmente, en su vida, y ésta es de naturaleza histórica, es decir, está hecha de la sustancia de la época, del tiempo en que cada uno ha de vivir.

Esto nos hace ver que su preocupación por los temas históricos no tiene el carácter de un capricho, sino que engarza sistemáticamente con el resto de su pensamiento. Además, en buena medida, su preocupación ha sido dejar, negro sobre blanco, testimonio personal de las figuras y las obras de sus maestros y amigos: Loustau, Lafora, Marañón, Cajal, Alberca; y también Emilio Mira, Miguel Prados Such, Pablo de la Vega, Jerónimo Molina, Dionisio Nieto, Germain. A los dos primeros les ha dedicado sendos libros: El Rector Loustau y la Universidad de Murcia (1979), y El doctor Lafora y

su época (1977). Añadamos aquí su trabajo sobre Datos para la historia de la asistencia psiquiátrica en Murcia (1975), y podemos advertir una más que decidida dedicación a la exploración y presentación de su mundo personal.

No tiene sentido hacer un resumen de estos trabajos, escritos con una tersura que hace atractiva su lectura y llenos de saber inmediato, que les da una vivacidad que se junta al rigor de la información.

Pero si se los ve en orden estrictamente cronológico, lo que tal vez haya sido resultado del azar muestra una lógica interna que no se debe pasar por alto.

#### **a) Datos para la historia de la asistencia psiquiátrica en Murcia (1975)**

Valenciano comienza ese proceso de autoesclarecimiento histórico con el estudio sobre la asistencia psiquiátrica en Murcia. El era, en ese momento, director del Hospital psiquiátrico de esta ciudad. Su examen es una vuelta a los orígenes de aquello que constituye su propio y más personal quehacer: el de la atención psiquiátrica a sus coterráneos.

"Lo que en un instante sucede -escribe [Valenciano, 1975,9] - es la consecuencia necesaria de lo que antes ocurrió, de lo que vino ocurriendo". Y, tomando al pie de la letra -aunque sin decirlo- la tesis de que la historia es maestra de la vida, añade: "Solo si aquí y ahora, conocedores de los errores de las épocas pretéritas nos proponemos todos con el esfuerzo de cada día estar a la altura de los tiempos, podremos en una visión prospectiva del futuro profetizar que la asistencia psiquiátrica en Murcia, en España, logrará los niveles que debe alcanzar" (Valenciano, 1975,9-10).

Hay, pues, como se muestra en estas palabras, un sentido pragmático en este recurso de Valenciano a la historia, y hay también, un sentido moral. Lo primero, es saber de los errores pasados para no volver a cometerlos; lo segundo, es la necesidad de estar "a la altura de los tiempos", expresión reiterada por Ortega en sus obras, indicativa de la exigencia de sentido histórico para toda acción humana, que tiene que ajustarse a las posibilidades de su mundo y de su época, que tiene que hacerse y saberse circunstancial.

Son muchos los errores humanos que las historias de la psiquiatría evidencian. Por lo pronto, ha sido muy largo el proceso que ha hecho falta recorrer para llegar a ver a los dementes como seres humanos enfermos de terrible enfermedad. Recoge Valenciano, entre muchos otros, el testimonio de un escritor local que al inaugurarse el nuevo Manicomio murciano en 1892 escribe en la prensa: "Los locos ni son hombres ni son espíritus. Y eso, porque han perdido el atributo soberano de la especie; porque se han deshecho del lazo divino que los hacía nuestros iguales de naturaleza y destino..." (Valenciano, 1975,12). En su ingenuidad, resplandece ahí la tremenda convicción de la inhumanidad del demente, que se pone de manifiesto no solo en palabras sino en obras y en omisiones.

Hay, sobre toda la demás información, una dominante en este estudio: para los locos no hay dinero. Esto es lo constante, esto es lo fijo. Desde el siglo XVI parece que se han enviado los enfermos al Hospital de Valencia, el fundado por el Padre Jofré. Pero una y otra vez Valenciano encuentra anotaciones de deudas. Son tantas, dice, que le ha parecido "prolijar su enumeración" (Valenciano, 1975,13).

Cuando los recluyen en Murcia, ya en el XVIII, comienzan haciéndolo en las casas de Misericordia, junto con niños, ancianos y mujeres abandonados y menesterosos, entran allí por orden de un juez y no de un médico, y están bajo la autoridad de un capellán (Valenciano, 1975,17). Está, pues, completamente ausente toda dimensión terapéutica del problema.

Nueva laguna documental. Y a mediados del XIX, siguen estos enfermos mezclados con gentes bien diversas: ahora en la Casa de Recogidas o Refugio de Santa

María Magdalena, para mujeres de mala vida. Y de allí, en 1855, pasan al Hospital de San Juan de Dios. Este es el "largo camino de la caridad a la beneficencia". Una historia de falta de medios, de pacientes desnudos, de jaulas para encerrar a los furiosos, de desnutrición, de epidemias - por ejemplo, del cólera, o de infecciones intestinales por aguas sucias -, de harapos. Valenciano anota:

"Esta fué la asistencia al enfermo mental en Murcia hasta 1892, cuando ya en Europa... hacía muchos años que existían excelentes Manicomios a cargo de alienistas y se habían creado Cátedras de psiquiatría, donde se construía la ciencia psiquiátrica sobre cuyas bases aún se sustenta la de nuestros días" (Valenciano, 1975,29).

Suavemente, sin dramatismo innecesario, muestran estas palabras el tremendo error de nuestro retraso respecto de la ciencia europea: pero no formulado como expresión de un tópico, sino como conclusión lógicamente derivada de los datos de un problema visto con ojos de conocedor. El retraso en ciencia ha supuesto, entre otras mil cosas, un desnivel con Europa en la asistencia psiquiátrica.

En 1892 se inaugura el nuevo manicomio. Pronto está sobrecargado, hay problemas con el personal subalterno, hay infecciones... En 1895 hay por fin el primer psiquiatra, Bernabé Guerrero. Y Valenciano se subleva cuando advierte que aún en 1911 quienes firmaban los ingresos eran el gobernador civil o el presidente de la Diputación, carente el médico de autonomía, en una "casi humillante situación" (Valenciano, 1975,56).

Si se mira el estudio en su conjunto, se percibe fácilmente la intención: la asistencia psiquiátrica es una actividad social, depende de la sociedad, pero tiene unas exigencias, unos requerimientos, económicos, técnicos, científicos, que no pueden ser olvidados. El enfermo, sobre todo, necesita del médico: éste es quien ha de tomar la última decisión respecto de la asistencia, porque esta es clínica, se basa en todo un conjunto de saberes rigurosos, y el técnico, el médico, tiene la responsabilidad final. Las limitaciones que todavía hoy subsisten en ese campo claramente muestran tener su raíz en una deficiente comprensión del problema por nuestra sociedad. Suavemente, pero de modo convincente, Valenciano deja sentir la actualidad de la lección de la historia para un presente donde esta asistencia todavía sufre de mil cortapisas.

## b) "El Doctor Lafora y su época"

La segunda obra a que he de referirme es el libro espléndido que dedica a su maestro, pocos años después de la muerte de éste..

Es un estudio hecho desde la memoria personal, empleada para interpretar una ingente masa de documentación objetiva. Curiosamente, anota ya en sus comienzos que, junto al deseo de dejar dibujado con nitidez el perfil del maestro, dentro del contexto de su mundo, advierte en sí mismo el afán por dejar algo así como unas memorias; pero su modestia ha transformado éstas en un libro de recuerdo y homenaje al maestro: un caso de sublimación de unos deseos que eran perfectamente admisibles y que, no obstante, el espíritu crítico acerca de sí mismo ha venido a cercenar.

Le preocupa, sin duda, el futuro de Lafora, de su magisterio, y con ello el sentido de las empresas a que él mismo había adherido desde su juventud. Por eso anota y refuerza con la cita de Carlos Castilla del Pino que en la muerte de Lafora "la España oficial... estuvo, naturalmente, ausente" (Valenciano, 1977, 211).

Todos los presentes conocen el libro. No voy a resumirlo. Recordemos, no obstante unos cuantos rasgos del mismo.

Primero: la figura del maestro está encajada en un cuadro de la psiquiatría española construido con gran detalle y habilidad. La frenopatía madrileña antecedente - Simarro, Mata, Esquerdo, Vera, y otros muchos hasta llegar a Achúcarro, el amigo-maestro

juvenil de Lafora-, los coetáneos (Sanchís Banús, Sacristán, y muchos más), y en fin, los discípulos entre los que se cuenta el propio Valenciano, que van a integrarse en la generación del 27, marcan los pasos del avance histórico.

Segundo: el ensayo biográfico está pensado desde una doctrina orteguiana de la existencia como realización de un "proyecto vital", que se va configurando en interacción con los grupos sociales, las doctrinas vigentes, las propias facultades y la constitución orgánica. Hay, así, una presencia de Lafora desde fuera, pero también desde dentro, incluso en la forma dramática como él mismo se veía en los años cercanos a su final, gracias al texto de una carta donde confiesa el maestro al discípulo una "prisa angustiosa... antes que un ictus o una demencia senil" lo inutilicen (Valenciano, 1977, 209).

Tercero: hay una presencia casi inmediata, muy viva, de la circunstancia española de la dictadura y la II República. En particular, los problemas de la higiene mental, las polémicas y actividades periodísticas de Lafora, incluso el episodio de su renuncia al sillón de la Academia de Medicina merecen una atención particular en el libro, con lo que se perfila la imagen social que Lafora. Valenciano logra una reconstrucción sumamente interesante de los momentos de la guerra civil, partiendo de su propia experiencia y su correspondencia con Lafora. Aquí, quizá de modo eminente, se plasma el espíritu liberal del personaje y también del biógrafo mismo, que hubo de estar al cuidado del sanatorio madrileño de su maestro hasta finales de 1936.

Cuarto: Valenciano presenta su generación, dispersa por la guerra, como "una generación intelectualmente inquieta, inconformista, ambiciosa, que se rebela frente a la imposición dictatorial, a las arbitrarias limitaciones" (Valenciano, 1977, 173). Engarza esa imagen con la de la Federación Universitaria Escolar, (FUE), a que él dedicó tanta ilusión y esfuerzo, movimiento en que percibe un espíritu "meramente liberal, progresista, sin rechazar a un socialismo constructivo; pero... sin unidad política" (Valenciano, 1977, 180). Como vamos viendo, fué esta experiencia juvenil un momento esencial de cristalización de la personalidad de Valenciano, que retorna a ella una y otra vez para expresar una cierta dimensión de sí mismo.

La presentación de la obra científica de Lafora es sumamente penetrante, aunque sintética. La "enfermedad de Lafora", las neurosífilis, los trabajos neurofisiológicos - en particular el estudio sobre la fisiología del sueño - están colocados en un doble contexto, uno interno a la propia biografía y otro definido por el campo científico general en que el biógrafo gusta de situarlos, para mostrar la significación actual de una obra que ha tenido como consecuencia la instauración, de un modo pleno, de la neuropsiquiatría en nuestro país a la altura de los tiempos.

### c) "El Rector Loustau y la Universidad de Murcia" (1979).

Para una colección de biografías - "biografías populares de murcianos ilustres" - escribe Valenciano su estudio sobre José Loustau, catedrático primero de mineralogía y botánica, de biología después, rector muchos años de la universidad de Murcia, decano luego de ciencias, identificado con una institución a la que llegara en 1916, cuando llevaba ésta un año de existencia, y por la que lucharía en todos los momentos en que estuvo a punto de desaparecer, en las diversas marejadas por que pasó su existencia en las primeras décadas.

Loustau, como Lafora, es de la generación europeísta de 1914 - la misma de Ortega, Marañón o Eugenio d'Ors. Su figura tiene algo de hombre universal renacentista. Crea un importante laboratorio de biología, y trabaja en él en citología vegetal, estudia hongos parásitos, examina las potencialidades del análisis del polen de las plantas para la investigación arqueológica, presenta en la cátedra y fuera de ella las tesis de la evolución biológica, analiza la herencia de las enfermedades mentales, y tiene además tiempo para promover la extensión universitaria, y escribir manuales, que Valenciano elogia

grandemente, al par que inicia estudios de orientación etológica, en su interesante y singular libro sobre "La sociabilidad de los animales" que subtítulo "Significación biológica de la conducta", y que aparece en 1935. Su biógrafo conoce todo; habla con elogio de un "Desarrollo histórico de las ciencias naturales", "de 246 folios escritos a máquina a un espacio" (Valenciano, 1979, 221), en el que se contendría un amplio examen de las aportaciones españolas, como la de Azara; de su lucha contra el vitalismo, y, por descontado, de sus escritos universitarios.

Porque, tanto como Loustau, es la universidad de Murcia la otra protagonista del libro. Valenciano describe con fruición la literatura regional. Conoce y ha leído las páginas de "El Bazar Murciano" (1892-1929), las novelas regionales - "Las Caracolas" de Pedro Jara Carrillo, "El ciudadano Fortún" de José Frutos-, las grandes hojas de los diarios -"El Liberal", "La Verdad", "El Tiempo" y "El Fomento" - donde se ha ido gestando la campaña en pro de la creación de la universidad. También se introduce con facilidad en los pequeños secretos de la política local, y deja ver las pugnas entre liberales y conservadores, y más tarde, los tiempos difíciles de la posguerra. Evoca lleno de entusiasmo la actuación de su propia generación, la generación del 27, principalmente a través de las páginas literarias de "La Verdad" y de la revista "Verso y Prosa", codirigida por Juan Guerrero y Jorge Guillén. En otro campo, le atrae la peripecia política de las asociaciones estudiantiles, el desarrollo de la FUE, y la positiva colaboración del rector Loustau con aquellas.

Se trata de páginas que, sin decirlo explícitamente, forman el suelo generacional de la biografía del propio Valenciano, que vuelve así a decirse y a buscarse a sí mismo de la mano de uno de sus maestros. Todo en estas páginas está vivificado por la experiencia personal del relator. No hay detalle que sea mera erudición, información inútil y adjetiva: todo está funcionando para permitir la comprensión de una vida - perdón, de dos: la del Rector Loustau y la de Luis Valenciano.

## HACIA UNA HISTORIOGRAFÍA ORTEGUIANA.

Es ya una verdad establecida, pienso yo, que Valenciano ha sido uno de los pioneros, tal vez el primero de todos, de cuantos han procurado pensar los problemas de la psiquiatría a la luz de la concepción del hombre y de la filosofía elaborada en nuestro país por Ortega. Desde los años de su juventud, aún antes de la guerra, llevó adelante lo que él mismo llamó "mi ensayo de utilización de Ortega en la Psiquiatría" (Valenciano, 1978, 27), un proyecto que culmina en sus estudios sobre la psicopatología del delirio paranoico y sobre la psicología de la creencia, en donde muestra una posible vía de comprensión del paranoico como el hombre que se ha hundido en una desconfianza radical ante la realidad, y vive ésta desde una faz de peligrosidad y amenaza, como peligro esencial (Carpintero, 1988,39).

Como psiquiatra, está convencido que el objeto de su preocupación lo constituye una vida humana, la del paciente. Como dice Elena Quiñones, va a "considerar la enfermedad mental como una 'forma especial de estar-en-el-mundo'... cuyo significado no puede ser compartido con otros, puesto que se ha confeccionado desde la soledad más radical del existir del enfermo" (Quiñones, 1988, 19). Pero el estar-en-el-mundo no es privativo del enfermo: es la dimensión radical de toda vida humana, que consiste en estar alguien en una circunstancia, más precisamente un yo en su circunstancia. Este estar el yo y la circunstancia a la vez dados en la tensión dinámica de una estructura radical, que es para Ortega la realidad de "mi vida", es la totalidad que interesa al psicopatólogo, y es también la que importa al biógrafo historiador.

El estudio de este objeto requiere una aproximación analítica y descriptiva. Esta fué la gran aportación de Dilthey. Cada elemento, cada factor, ha de ser visto desde el punto de vista de la totalidad. Valenciano recordó alguna vez que esta perspectiva holista

ya se halla en la obra de Griesinger, que "escribe un capítulo sobre 'La locura como un todo'" (Valenciano, 1983,148). Pero al tener en cuenta todos los elementos, y sus interrelaciones, el objeto de estudio revela su naturaleza gestaltica, de organización de elementos en interdependencia. Y eso es lo que Valenciano va a llamar una "configuración analizable" (Valenciano, 1983, 149). Arrancando de la idea de Julián Marías de que la vida humana, en su concreción, se realiza siempre en una cierta "estructura empírica"- corporeidad, psiquismo, expresividad, sexo, edades, etc.-, el psiquiatra prefiere aquella otra denominación para apuntar a los dos tipos de análisis que de una vida le aparecen como posibles: el de "su transcurrir histórico y proyectivo" y otro, "en profundidad, penetrando hasta donde sea posible en la vida humana como realidad radical" (Valenciano, 1983, 149). Aunque cada vida es única, tiene sin embargo una estructura formal cuyas dimensiones, lados o formalidades importa clarificar al psiquiatra, al psicopatólogo, puesto que cualquier trastorno ha de repercutir en la totalidad de la configuración.

Pero además, y por lo que aquí importa, toda vida es "la historia de un proyecto y el proyecto de una historia", escribe Valenciano (Valenciano, 1983, 149). De ahí que sus biografías, tal como las realiza, intenten justamente ser esto: presentación y esclarecimiento de un proyecto personal. Pero todo proyecto humano supone, junto a la tensión hacia unas metas desde una determinada base de partida, un contexto, un mundo, y sobre todo, un contexto o mundo histórico-social. Por eso las biografías de Valenciano son lo que Ortega llamó paisajes con figura, o mejor, figuras en su paisaje. Lafora está concebido desde el horizonte de un desarrollo de la ciencia psiquiátrica española, dentro del cual su pretensión tiene plenitud de sentido; Loustau, viene dibujado en el marco de la circunstancia universitaria y cultural murciana.

Como Valenciano ha sido un analista agudo, certero, de la vida humana, ha advertido que en cada hombre hay varios proyectos, varias trayectorias posibles de existencia, en grado desigual realizadas, en parte por variaciones internas al sujeto, en parte por imposición de la circunstancia. Lafora y Loustau, precisamente, son dos personalidades científicas afectadas ambas por la guerra civil, en distinto grado, emigrado uno, el otro reducido a una segunda fila y a un limitado mundo académico. Los dos han tenido, en una cierta hora, el afán de dar un soporte y dimensión social a sus aspiraciones: la universidad, la reforma psiquiátrica, la higiene mental... Y tienen, cada uno de ellos, una estructura psicossomática, unos peculiares caracteres, un particular mundo de afectos y motivaciones. Valenciano, en sus análisis biográficos, no ha dejado de recordar una y otra vez la idea de Carlota Bühler de que en la vida de un hombre hay que considerar "los sucesos y hechos exteriores biológico-sociológicos, los subjetivos o experiencias y los que se refieren a los resultados que se concretan en obras" (Valenciano, 1979, 214). Por eso en ellos ha introducido el examen de las obras y trabajos, pero sólo al término de un estudio que ha aspirado a desvelar, con datos externos y testimonios internos, la pretensión que en cada momento dominaba en las vidas analizadas. Como en su día ha hecho notar Caparrós, hay en esta obra una doble raíz: "enraizamiento en los problemas planteados por la antropología médica alemana, y búsqueda en Ortega de los instrumentos intelectuales para resolver estos problemas" (Caparrós, 1988, 45)

Estas biografías, en particular la de su maestro Lafora, son un modelo en su género, porque tienen a la base una idea del hombre y de la vida humana, y porque son, además, en gran medida, porciones o fragmentos de la autobiografía de su autor, que en ellas ha ido incorporando porciones cálidas de su propia vida. Incluso me atreveré a decir que el estudio sobre asistencia psiquiátrica es, en algún modo, autobiografía larvada de Valenciano: porque en ella se trenza la historia y la prehistoria de su hospital psiquiátrico murciano, al que había dedicado una parte, tal vez la mejor, de su propia existencia.

La obra de Valenciano tiene, sí, una teoría de la vida humana orteguiana a la base, pero tiene además una estructura metódica interpretativa, que está enraizada en la

hermenéutica diltheyana, o lo que sería tal vez mejor decir, en la razón vital orteguiana. Valenciano entiende los personajes, los acontecimientos, incluso las obras y proyectos realizados, desde su propia experiencia vital de lo que ha sido la psiquiatría hispana, la historia de la España contemporánea, la guerra, la universidad, la medicina del siglo XX. Unas veces explícitamente, otras menos, en cada página de sus libros está la vida de su autor ayudando a seleccionar los datos significativos, aportando en cada caso su experiencia en el análisis de cada una de las "configuraciones analizables" que ha elegido como objeto.

En estas páginas históricas se extrae un admirable partido a la hora de la comprensión biográfica a unas ciertas ideas filosófico-antropológicas y, también, a una extraordinaria experiencia de clínico.

Ese talento de buceador de vidas, y ese interés por la historia, habían de hacerle a Valenciano ejercer un magisterio del que algo ha contado ya Pedro Marsset en su día (Marsset, 1988, 142-3). Es un magisterio que ha llegado a alcanzar a cuantos nos interesamos por la ciencia y la historia intelectual de nuestro país. Y volvemos a sentir, al hablar en Murcia de él, la melancolía de su ausencia.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Caparrós, A. (1988) Luis Valenciano y la antropología orteguiana, en VV.AA., Luis Valenciano, la dimensión múltiple, ed. cit., 43-46
- Carpintero, H. (1988) Las ideas psicológicas de Ortega en la obra de Luis Valenciano, en VV.AA., Luis Valenciano, la dimensión múltiple, ed. cit., 35- 40
- Marsset, P. (1988) El doctor Valenciano y la facultad de Medicina, en VV. AA., Luis Valenciano, la dimensión múltiple, ed. cit., 141-143
- Quiñones, E. (1988) Luis Valenciano o la paradoja como proyecto, en VV.AA., Luis Valenciano, la dimensión múltiple, ed. cit., 17-20
- VV.AA. (1988) Luis Valenciano, la dimensión múltiple, Murcia, Consejería de Cultura, Educación y Turismo
- Valenciano, L. (1975) Datos para la historia de la asistencia psiquiátrica en Murcia, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio
- Valenciano, L., (1977) El doctor Lafora y su época, Madrid, Morata
- Valenciano, L., (1978) Estudios y ensayos sobre la vida y las vidas humanas, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio
- Valenciano, L. (1979) El Rector Loustau y la Universidad de Murcia, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio
- Valenciano, L., (1983) Configuración de vida humana y Psicopatología, en Psicopatología, 3,2: 147-154